

## ULTRAMARINOS LA AURORA

A la dueña del ultramarinos la llamaban Aurora porque abría antes que el sol. El rótulo de chapa ondulada decía “ULTRAMARINOS LA AURORA — Despacho de panes, chacinas y bacalao”, un cartel que había sobrevivido a cinco alcaldes, dos reformas del mercado municipal, una crisis inmobiliaria y la fiebre de las franquicias con nombres en inglés. Sin embargo, Aurora no sobrevivió a la madrugada del jueves. Murió como había vivido: a pie de mostrador, con el lápiz detrás de la oreja, el delantal de rayas y la bolsa de monedas colocada en la cintura como si fuera una pistolera del Oeste. Se inclinó para contar los huevos —“doce, catorce, dieciséis...”— y se quedó mirando un punto fijo, un puntito de luz que parecía haberse encendido en la pared de enfrente. Cayó suave, casi con pudor, entre el saco de patatas y el cajón de tomates que olían a helado de agosto.

La funeraria tardó en venir: en el tanatorio no quedaban salas libres porque había coincidido el pico de los resfriados largos, una ola de calor y dos accidentes absurdos. Como en el barrio se corre la voz más rápido que las motos, para las ocho, el rumor era ya certeza. Para las nueve, la tienda, por primera vez, tenía cola sin que nadie estuviera vivo para atenderla. Aparecieron a la vez la funeraria y el sobrino, Ignacio, un chico de treinta y pocos con barba de injusticia y camiseta negra, que tenía una llave que Aurora le había entregado “para emergencias, pero no hagas de esto costumbre, ¿eh?”. La emergencia, por lo visto, había llegado sin preguntar.

—No hay salas —dijo el de la funeraria, con esa solemnidad resignada de quien explica que el pan del día ha salido quemado—. Y los hornos no los llevo yo.

—¿Y entonces? —preguntó Ignacio, con una mano sobre la persiana a medio subir.

—Podéis velarla aquí— señaló el interior de la tienda—. Dios está en todas partes.

El barrio miró dentro en un murmullo que olía a café y a colonia de misa. Metieron el féretro en la tienda como quien entra un frigorífico nuevo por un pasillo antiguo: ladeándolo, ajustando hombros, apartando con suavidad una torre de rollos de papel de cocina. Los de la funeraria acomodaron a la difunta Aurora en el ataúd y la colocaron en mitad de la tienda, entre la balanza de platillos y el expositor de galletas María. El reflejo del ataúd devolvía, con un brillo triste, las hileras de latas de melocotón en almíbar, los botes de alubias y el ejército de botellines de anís. No faltó quien dijera que Aurora, al fin, estaba haciendo inventario desde el mejor sitio.

La tienda quedó abierta, porque nadie se atrevió a cerrarla. Aurora había enseñado al barrio a entrar sin llamar. Ignacio, el sobrino, que había venido a llorar, se encontró detrás del mostrador con el delantal heredado, atándose tan tenso que la respiración se le subía a la garganta en cada pedido.

—¿Se atiende? —preguntó una voz que acaba de llegar.

—Se atiende —dijo Ignacio, con vergüenza y alivio—. Se atiende, sí.

A la izquierda del féretro, dos velas encendidas, rescatadas del cajón donde Aurora guardaba los santos de las emergencias: una Virgen de Fátima de plástico azul y un San Pancracio con perejil mustio. A la derecha, la caja registradora, vieja y sonora como un órgano de ermita. Entre medias, de cuerpo presente, Aurora con la boca cerrada, el rostro alisado por manos ajenas y una hebilla de mariposa en el pelo que nadie recordaba haberle visto en vida.

Entraron primero las vecinas. En el barrio, vecinas era un título nobiliario. Encarna, que se había prometido no llorar, rozó el ataúd con dos dedos y soltó un hipido que hizo vibrar los caramelos de menta; la siguió la señora Remedios, con un plato de croquetas envuelto en papel de aluminio como si fuera una reliquia que necesita peregrinaje. “Para el velatorio, que con algo habrá que empapar el trago”, dijo, y nadie supo si hablaba del vino o del llanto. Lola, la de la papelería, puso sobre el mármol del mostrador un ramo que olía a iglesia en julio: claveles, lirios y la flor humilde que sale en las rotondas.

—Ponme cuarto y mitad de jamón, de ese del bueno que no se avinagra —pidió Encarna con la voz torcida—. Que al cielo se va sin hambre, pero los de aquí nos quedamos con un vacío que pide algo.

Ignacio cortó con un tiento nuevo, la cuchilla rozándole el pulgar, el filo reflejando el rostro serio de su tía dormida. Se obligó a hacer el papelito en curva, como Aurora, envolver el corte en papel de estraza y atarlo con el cordel fino. Su mano temblaba.

—Así —dijo una voz detrás—. La lazada por debajo, que no se suelte, que la gente confunde el hambre con la prisa.

Era Ramiro, el panadero, que había llegado con una cesta de barras crujientes y una noticia: “He apagado el horno, no fuera a confundirse el humo del pan con el de otro tipo de despedidas. Pero en un rato lo vuelvo a encender, que aquí la única cremación que

permitimos es la de las cortezas”. Hablaba como quien coloca ladrillos: serio, útil y con una chispa de calor áspero en cada palabra.

La mañana avanzaba con su nueva normalidad. Sonaron teléfonos en bolsos que presumían de silencio, se agotó el cambio de las monedas pequeñas, alguien pidió pan duro “para las sopas”, y Encarna se quejó de que el perejil del San Pancracio le daba alergia. El barrio, por primera vez, estaba todo dentro de un mismo lugar: los vivos y su logística, la muerta y su pausa, las latas y los santos, el refrán y el datáfono. “¿Se puede pagar con tarjeta?”, preguntó la señora Remedios. “Se puede”, dijo Ignacio, y el pitido del datáfono sonó como una jaculatoria moderna.

A media mañana llegó el repartidor de la charcutería mayorista: Manolo “el del frío”. Era un hombre ancho, de manos rojas, que trataba las cajas de embutido como si fueran recién nacidos que no hay que decir muy fuerte que son feos. Aparcó la furgoneta junto a la acera con un pitido triste y arrastró los palés hasta la puerta. Se detuvo de golpe cuando vio el féretro.

—¿Aquí? —preguntó, y su voz, por primera vez en muchos años, se fue hacia adentro.

—Aquí —dijo Ignacio, sin explicaciones.

—Pues si hay que entregar, se entrega —concluyó Manolo, sujetándose la gorra—. ¿Dónde dejó el lomo? Que no le coja el sol ni a la pena.

Colocaron las cajas con mimo, como si el lomo tuviera ya en sí mismo una liturgia. Manolo, sin ruido, dejó una caja extra: “De regalo, por las veces que esta señora me dijo: ‘Anda, déjalo y te fías’”. No quiso que lo vieran llorar y se marchó; pero al salir tropezó con el umbral y dijo “Jesús”. El barrio, con reflejo antiguo, respondió al unísono: “Gracias”.

Con el lomo acomodado y el pan perfumándolo todo, apareció un inspector de Sanidad. Tenía cuarenta y tantos y un maletín que parecía de médico de pueblo, pero dentro guardaba impresos, sellos, un medidor de temperatura y la soberbia de quien cree que la norma puede más que la lluvia. Pidió un saludo con su documentación, pero el saludo se le cayó al suelo cuando vio el ataúd.

—Esto no —dijo, con un dedo que llevaba años ensayando—. Esto no puede ser. Señores, estamos frente a una flagrante vulneración de las normas higiénico-sanitarias y del reglamento de manipulación de alimentos. No se puede velar un cadáver en un establecimiento de venta minorista de comestibles.

—Es mayorista en esperanza —dijo Lola, sin mirarlo.

—Y minorista en penas —añadió Encarna.

Ignacio salió de detrás del mostrador y se plantó delante del funcionario con más educación que fuerza. “Es mi tía”, dijo, como quien enseña una foto de la comunión. “Murió aquí. La funeraria no tiene sala. El barrio no tiene sitio más grande que esta tienda. Y todos han comprado aquí cuando no había para comprar, porque Aurora fiaba la despensa y cobraba con las gracias. Déjenos velarla donde se ganó la vida”. Lo dijo sin solemnidad, con ese llano de los sobrinos que no saben hablar alto.

El inspector infló los carrillos. Miró el datáfono, miró el pan, miró las latas. Señaló el cartel de “No se fia” que colgaba de una alcayata y, sin querer, rescató una sonrisa para dentro. “Está bien”, dijo entonces, “haremos una excepción por causas —consultó una chuleta escondida— ¿humanitarias?”. Al pronunciar “humanitarias”, se le humedeció un poco el cuello de la camisa. “Pero no se manipularán alimentos encima del féretro”, añadió, con esa necesidad patética de quien pone condiciones para salvar el cargo. Nadie supo si lo decía por Remedios y su plato de croquetas.

—Ni encima ni debajo, muchacho —replicó Ramiro—. A la Aurora no se le faltó nunca el respeto y menos ahora, que no puede responder. ¿No te da pena el barrio?

El inspector no contestó. Miró alrededor, como queriendo encontrar un “Corte Inglés” en el estante de las galletas. Hizo dos fotos con el móvil —“para el expediente”— y guardó el maletín. Antes de irse, pidió cuarto y mitad de queso curado. “Para mi madre”, dijo, y esa frase suya fue el primer gesto de ciudadanía que el barrio le toleró.

El cura tardó en llegar. Le decían don Fabián, y era de los que, en vez de homilías, contaba anécdotas de veredas, porque había sido cura de casi todos los pueblos de la zona y se le había puesto la voz de campo. Entró justo cuando la tienda olía a estofado y a colonia de niño —los chavales salían del colegio y se asomaban, atraídos por la noticia y por la curiosidad que roba el recreo—. El cura miró el féretro como quien ve a una feligresa con delantal nuevo.

—Aurorita —dijo, con un diminutivo que no era displicencia sino abrazo—. Tú, que repartiste el pan sin sotana, mereces este altar de estanterías.

Encendió otra vela, murmuró palabras que sonaban a refrán de acera, no a latín, y se quitó la estola para colocarla un momento sobre el féretro. Ignacio contuvo el aliento. Era como si un mantel de domingo se posara sobre una vitrina de barrio. El cura dio dos golpecitos suaves en el borde —un gesto de artesano— y se apartó, dejando sitio a la gente para que pasara.

Entonces apareció Paquito, el de los melones. No vendía melones: lo llamaban así porque, de niño, metía los melones en el agua del pilón para verlos flotar. Paquito había sido primer amor de media pandilla y de ninguna al mismo tiempo. “¿Se llega tarde?”, preguntó, con una bolsa de mandarinas en la mano. “Nunca se llega tarde a un sepelio”, contestó don Fabián. Paquito dejó las mandarinas sobre el ataúd —con cuidado, sin ruido— y le hizo un guiño a Aurora como si se fueran a ver en otra esquina.

Vinieron también los amigos de infancia de la difunta: Pura, que había aprendido a sumar con los fiados de la libreta; Cipri, que de joven fue revolucionario a gritos y de viejo es de los que añoran el precio de las sardinas; y Antoñico, que perdió el dedo índice en la fábrica y siempre decía que Aurora se lo había devuelto prestándole el suyo cada vez que señalaba un precio en la pizarra. “¿Te acuerdas, mujer”, dijo Pura, “cuando decías que la báscula estaba mal, solo para que nos tocara un poco más de queso? Eso sí era justicia social”. Cipri añadió: “Aurora, si hubieras llevado tú la economía, este país aún tendría las sardinas a dos duros”.

Hubo un pequeño incidente con un chavalín que, sin maldad, apoyó el bocadillo de mortadela sobre el féretro. Su madre le dio un collejón rápido. “No se apoya, hijo. Aurora es mesa de todos, pero hoy no”. El niño, ruborizado, pidió perdón al féretro, y aquel “perdón” —que resonó como campana en panadería— dejó a todos un poco más humanos.

A mediodía, el sol se coló a través de la reja como un mantel a cuadros, y la tienda se llenó de sombras ordenadas de latas y cintas. Ignacio cortó queso, pan, lonchas, y de vez en cuando miraba a su tía, como si fuera a pedirle el consejo que ya no vendría: “¿Qué se cobra por los pepinillos cuando el dolor está caro?”. El dolor, esa cosa sin etiqueta, iba en el ticket de cada uno.

La tarde trajo más gente y trajo también un rumor que se repetía como un salmo: “Van a poner un supermercado de esos de treinta pasillos y cero saludos”. Decían que en el solar del mercado viejo iban a levantar una nave blanca con aire acondicionado perpetuo. Decían también que, en el ultramarinos, cuando Aurora ya no estuviera, pondrían una franquicia con nombre italiano que no vendía ni tomates. El barrio tenía hambre de historia y miedo de futuro.

—Yo no me acostumbro a que el queso venga plastificado —dijo Cipri—. El queso necesita lengua de tendera.

—Y consejo —añadió Pura—. Que no es lo mismo comprar que saber qué comprar.

Ignacio se obligaba a escuchar sin que la marea de opiniones lo arrastrara. Miró un instante el fondo de la tienda: la trastienda con la cortina de cuentas, el calendario del jamón del año pasado, la caja de Navidad con una cinta azul. Había promesas que Aurora nunca se había hecho: la de cerrar temprano, la de tener vacaciones, la de subir precios.

—A este paso —intervino Antoñico—, acabaremos enterrando también el olor. El olor del bacalao y la naranja juntos. ¿Qué será de las palabras que solo se dicen en una tienda? ‘Córtame fino, pero no me humilles’. ‘Ponme la hoja del plátano, que me la llevo a Cuenca’. ‘Echa de los garbanzos cantaos’. ¿Dónde vamos a decir esas cosas sin sentirnos tontos?

Don Fabián sonrió con tristeza. “Dios escucha igual en pasillo que en mostrador de mármol”, dijo. “Pero es cierto que los pasillos no devuelven la palabra. Te la tragan con el eco”. Nadie supo si era teología o poesía. En el barrio, al fin, ambas tenían el mismo precio: dos suspiros.

Cuando el reloj de la pared marcó las seis —un reloj que se había adelantado siempre porque Aurora decía que la vida, si acaso, llegaba tarde—, entró en la tienda alguien que nunca compraba: un señor alto, engominado, con traje de azul. Llevaba un portafolios y un andar con prisa de arriba-abajo.

—Vengo del Ayuntamiento —dijo, sin decir si de la parte que manda o de la parte que archiva—. Mi más sentido pésame. A ver cómo lo digo... se está planteando un plan de dinamización comercial. Y hemos pensado que quizá lo mejor para el barrio es renovar la oferta, agrupar, modernizar.

El barrio lo miró con un silencio que tenía patas y uñas. Nadie dijo nada. El señor carraspeó.

—Queremos favorecer la instalación de un gran operador que revitalice el flujo de clientes. Aparcamiento, wifi, una app. También podríamos hacer un homenaje a la señora Aurora. Una placa. ¿Qué les parece?

A Lola se le escapó una risa que no era risa, era un estornudo al revés. Encarna apretó el rosario con los dientes, como si mordiera una cuerda para no decir un taco. Ignacio, que llevaba todo el día evitando hacer de portavoz, se atrevió a mirar al caballero.

—Una placa —repitió, como si ensayara el diccionario—. ¿De latón? ¿De esas que se ponen a la puerta para decir que aquí vivió un señor con apellido largo?

—De latón, sí —confirmó el hombre, aliviado de haber encontrado tierra firme—. Con su nombre completo y las fechas. Y quizá un código QR que lleve a una web con su historia.

Paquito, el de los melones, movió la cabeza como un péndulo viejo.

—Una placa no fía, señor —dijo—. Una placa no vigila el peso de la bolsa para que no te dejes el brazo en la cuesta, no te guarda un manojito de ajos “del de sabor” para el fin de semana. Una placa no canta los números de la rifa, ni sabe cuándo te has quedado viudo con cara de no saber abrir el grifo del butano.

El señor del Ayuntamiento cerró el portafolios con un “tac” que sonó a marco de foto. “Lo estudiaremos”, dijo, que es una forma educada de decir “ya veremos cómo no”.

El cura, para desviar, propuso rezar un responso breve. Todos guardaron silencio. El murmullo del barrio se recogió como una sábana por las cuatro puntas. Don Fabián habló de panes y peces, de manos que multiplican, de cómo el milagro no lo hacen los números sino la costumbre de partir. Había gente que lloraba sin saber si lloraba por Aurora o por el barrio. Había niños que miraban fascinados el fuego de las velas como si fueran luciérnagas. Había un olor a naranja recién abierta y a bacalao en sal que se mezclaba con el perfume barato de las señoras, ese que siempre gana al caro.

En mitad del rezo, entró un gato. Nadie supo de dónde. Era uno de esos gatos de patio, con una oreja rota y un porte de capitán jubilado. Se acercó al féretro, olfateó la madera, y luego, con la naturalidad de quien viene a por su parte, se subió a encima y se acurrucó

como un ovillo, justo a Aurora. El barrio contuvo la risa por respeto y la dejó salir por las comisuras de los ojos. El cura, sin perder el ritmo, dijo: “Incluso los gatos honran a sus tenderas”. Y el gato cerró los ojos, dueño por un rato del protocolo.

Algún tiempo después —una o dos horas que en las tiendas de barrio nunca se miden en relojes sino en voces—, llegó Rosario con su sobrino mediano, un chaval con camiseta del equipo y tatuajes novísimos. Traían flores y una bolsa llena de recibos viejos. “Son los fiados de mi madre”, explicó Rosario a Ignacio, “que ella decía que se los perdonó Aurora y yo digo que las deudas con los muertos no hacen ruido, pero pesan”. Ignacio le dio un abrazo torpe, el primero que se permitió en todo el día. “Aquí nadie le debe nada a nadie que no sean las gracias”, dijo, y esa frase se quedó pegada a la pared como una humedad buena.

La luz del día comenzó a bajar por la persiana, que Ignacio había dejado a medio cuerpo: ni dentro ni fuera del todo. La cortina de cuentas de la trastienda empezó a verse dorada, como si alguien la hubiera barnizado con una tarde de domingo. Don Fabián volvió a decir una cosa serena, y los niños, por fin, se decidieron a preguntar:

—¿Se queda a dormir?

—¿Quién? —preguntó Ignacio.

—La señora Aurora —respondió el pequeño con boca de pan—. ¿Se queda aquí esta noche, con las latas?

Ignacio tragó saliva y miró a su tía, a la balanza, a la puerta, al barrio. “Hoy, sí”, dijo. Y el niño asintió como quien entiende un calendario.

Hacia el cierre de la tarde, cuando los repartidores ya habían hecho su última ruta y las vecinas regresaban a sus pisos para poner el puchero del día siguiente, entró un hombre que nadie conocía. Llevaba traje bien cortado, pero no olía a Ayuntamiento, sino a coche caro. Se presentó con un nombre que se olvidó en el aire. Anunció, con sonrisa de publicidad, la inminente apertura de un “concept store” en la esquina grande, un sitio con pan de masa madre importado, aceite con apellido y pepinillos daneses llamados pickles.

—El barrio evoluciona —dijo—. No queremos competir con la tradición; queremos aunarla con la modernidad.

—La modernidad no sabe bajar una persiana sin meter los dedos —dijo Remedios.

El hombre siguió su guion sin escuchar. “Haremos catas, talleres, una comunidad...”, enumeró, como si listara pecados capitales rebautizados. Cuando por fin se dio cuenta del féretro, hizo una mueca entre la culpa y la molestia, como quien pisa una baldosa suelta con zapato nuevo.

—Qué pena —dijo—. Qué bonito homenaje. ¿Quién se ocupa de los papeles de cierre? Ya me entienden: licencias, traspasos... A veces las despedidas son oportunidades.

Ignacio lo miró con una calma que se merecía peor suerte.

—Ahora estamos ocupados —dijo, y le señaló la puerta con un gesto suave, como expulsando una mosca sin matarla.

Cuando cayó la primera oscuridad, con ese frío fino que se mete por la costura de los abrigos viejos, el barrio se fue quedando en sus últimas filas de sillas plegables prestadas. El cura se despidió; dijo que volvería al rato, por si hacía falta rezo para acompañar al sueño. Los niños se fueron a casa arrastrando las suelas como si fuera septiembre. Las vecinas se marcharon prometiendo café para mantener despierto al sobrino.

Ignacio recogió con un orden que no era suyo sino de Aurora: limpió el mármol con un trapo húmedo, alineó los botes que había desordenado el día entero, se guardó debajo del mostrador el plato de croquetas que aún quedaban —“para luego”—, y corrió un pelín más la persiana, dejando una rendija de barrio por la que entraba el aire y alguna esperanza terca. Se quedó solo con su tía y con la sombra dulce de las latas. El gato seguía dormido, ahora a los pies del féretro, custodio de una frontera que todavía no tenía nombre.

Ignacio respiró. Escuchó los sonidos de la tienda como si fueran una orquesta: el chasquido de la nevera, el ronquido breve de la máquina de café, el crujido de las estanterías de madera, la gota a gota de una bolsa de leche condensada que alguien no había cerrado bien. Puso la mano sobre el ataúd y, por un instante, creyó sentir el pulso de Aurora. No era magia: era su propio pulso devolviéndose. “Qué cosas”, dijo en voz baja, como decía su tía cuando elegía el melón más pesado y resultaba el más dulce.

—Tía —susurró—, ni el descanso eterno te libró de ser autónoma; aquí sigues en tu tienda después de muerta.

El barrio, desde sus ventanas, respiraba con él. Alguna luz se apagó; otra se quedó encendida como si fuera un ojo que vigila. Desde el piso de Encarna llegó el rumor de una radio rezagada; del de Remedios, el tintinear de cucharillas; del de Lola, el pasar de

hojas de facturas como quien baraja cartas para hablar con los muertos. El gato, sin abrir los ojos, estiró una pata y rozó, con la suavidad de lo que no pesa, el zapato de Aurora.

En ese murmullo, con la persiana a medio bajar y un barrio completo respirando al otro lado, terminó el primer día de vigilia en el ultramarinos.

Amaneció con la persiana a media asta, como si la tienda practicara el gesto antiguo de las banderas cuando cae un héroe. Ignacio se había quedado dormido en la banqueta de madera donde Aurora hacía cuentas con un lápiz roído. Tenía la espalda en zigzag y un hilo de baba solidario, prueba de que la pena, a ratos, se defiende sola cuando el cuerpo deserta.

El gato seguía. Había movido la guardia al alféizar de la ventana, en posición de esfinge barata. Miraba la calle como quien protege una palabra. El sol de primera hora rozó el féretro y arrancó de la madera un brillo nuevo, como si alguien la hubiese encerado durante la noche. El barrio es así: encera sin que se le pida.

Ignacio abrió un poco más —dos manos de distancia— y el aire de pan del horno de Ramiro se coló hasta la balanza, donde las agujas se espabilaron con un bostezo metálico. Entró Pura con una bolsa de tela y los ojos enjutos. Traía dentro un mantelito de encaje, de esos que cubren oratorios caseros y televisores viejos. “Para que no apoye cualquiera lo primero que pille”, dijo, y extendió el encaje sobre una esquina del mostrador, cerca de la cabeza de Aurora. “Le gustaban los remates bonitos”, añadió. Ignacio asintió; recordaba las servilletas bordadas que Aurora sacaba en los santos.

A lo largo de la mañana fueron llegando todos, cada uno con su sello. La tienda parecía mitad ultramarinos, mitad altar, y el barrio, como quien no quiere la cosa, fue llenando cada rincón de duelo por su vecina.

A media mañana entraron “los de la obra”, con cascos en la mano y hambre en las pestañas. Querían pan, chorizo y dos latas “de las que ahora se llevan frías”. Miraron el féretro con ese respeto torpe de quienes han cargado ladrillo y saben del peso verdadero. Uno de ellos preguntó con pudor:

—¿Se puede dejar aquí para que acompañe? —y señaló su bocadillo envuelto en papel de aluminio.

—Se puede —dijo Ignacio—. Pero ponlo en el mantel de Pura, que todo tiene sitio.

Se sentaron un rato en la zona de las conservas, comieron con los cascos en el suelo, hablaron de vigas y de la posibilidad de que el gran supermercado no aguante el primer invierno de viento. “Esas naves suenan a hospital de madrugada”, opinó uno, y nadie lo discutió porque el albañil tiene su teología.

La tarde trajo lluvia de octubre. Las goteras del techo, conocidas por nombre, se activaron: “La de la bombilla no, por la Virgen”; “la de los yogures sí, pero con cubo pequeño”; “la de la esquina del bacalao, la dejo que cante”. El agua caía con ese ritmo de tambor humilde que obliga a juntar sillas y palabras. Entró sobria, con traje de domingo, la “Hermandad de la Aurora”, tres señoras y un señor que cantaban en las misas primeras de cada mes. Trajeron un ramo de flores blancas y una cinta morada con letras doradas: “A nuestra hermana tendera”. Lo colocaron al pie del féretro. Entonaron una copla antigua, con ese vibrato de garganta de patio, y por un momento la tienda se volvió capilla doméstica.

Cantaron bajito, como pidiéndole permiso a la lluvia. “Al alba me diste el pan...”. Ignacio cerró los ojos dos segundos para no caerse.

La puerta dejó pasar un aire de uniformes: dos policías municipales, aviso de que al final siempre hay papel para todo. Venían tranquilos, con esa manera de andar de quien sabe que un barrio teme más a la multa que al delito. Miraron alrededor, olieron el aceite frito que Remedios había calentado en la trastienda y hablaron sin aspereza:

—Nos ha llegado... —dudó uno, buscando la palabra—. Una... queja. ¿Todo bien?

—Todo —respondió Ignacio, adelantándose.

—¿La costumbre es ley? —preguntó el otro, medio serio, medio curioso.

—La costumbre —intervino Don Fabián— es un reglamento que no tiene hojas.

Los policías se quitaron la gorra, por deferencia o por picor. Uno de ellos, el más joven, se acercó al féretro con timidez de primero de patrulla. Se santiguó con un gesto aprendido en desayunos de madre. “Mi padre la llamaba la Comisaria del Pan”, dijo, y lo dijo con orgullo de haber crecido donde crecen las cosas que valen.

Acto seguido, llegaron los nietos de Pura, con chándal y vergüenza. Traían en el móvil una foto borrosa de Aurora dándoles una bolsa de gusanitos cuando tenían tres años. La enseñaron como si fuese la Sábana Santa. “Somos estos”, dijeron, señalando dos manchas

con pelo. Ignacio sonrió de verdad por primera vez en el día. Les regaló un paquete de gusanitos nuevos —“hoy no se cobra”— y los chavales, que son de ahora, pero entienden más de lo que parece, se sentaron en el suelo, al pie del mostrador, y se los comieron con silencio de cine.

En ese punto en que el cansancio empieza a confundir el hambre con la melancolía, se hizo un silencio profundo, de esos que a veces caen en los velatorios cuando se han contado todas las anécdotas y queda la respiración. Solo sonaba la lluvia, tozuda; el ronroneo del gato; el reloj adelantado; la tripa de algún vecino despistado. Remedios salió de la trastienda con unos trozos de bizcocho y repartió uno por cabeza.

A las seis en punto, la calle se estremeció con un sonido que no era de barrio: un coche fúnebre, negro y brillante como zapato recién lustrado, aparcó frente al ultramarinos. El motor quedó ronroneando. Dos operarios bajaron, traje oscuro, guantes de látex y cara de funcionario que cobra por cada gesto medido. El barrio entero, que estaba dentro y alrededor de la tienda, se quedó en silencio.

Ignacio carraspeó. Subió un poco la voz, como quien anuncia el número del lote en la rifa:

—Vecinos... ha llegado el momento. Van a llevar a mi tía al cementerio.

El murmullo fue inmediato: un “ay” aquí, un “pues ya era hora” allá, algún niño que preguntó si también llevarían la balanza. Encarna, con los brazos en jarras, soltó:

—¿Y quién va a pesar las aceitunas ahora, ¿eh?

El coche fúnebre seguía ahí fuera, con la solemnidad de lo inevitable. Los operarios entraron, inclinando la cabeza ante el féretro. El jefe, calvo y solemne, se dirigió a Ignacio:

—Vamos a proceder.

Lo levantaron con cuidado, como si fueran a sacarlo a bailar un pasodoble. Al llegar a la puerta, probaron la primera maniobra: ladeado, como entró el día anterior. Pero esta vez no hubo manera. El féretro, cargado con el peso invisible de flores, lágrimas, gusanitos de los nietos de Pura, sardinas de los pescaderos y hasta el cuaderno de recetas de Remedios, parecía haberse agrandado.

—Un poco más arriba —dijo uno, sudando.

—Que no roces la tapa, hombre, que se raya —contestó el otro.

—Más diagonal —ordenó el jefe, aunque la geometría estaba en contra.

Nada. El ataúd se quedó encajado en el marco como un mueble antiguo que nunca conoció otra puerta.

—Pero, ¿cómo lo metieron ayer? —preguntó Ignacio.

El jefe se secó la frente:

—Vacío es otra cosa. Ayer se ladeó con facilidad. Hoy... hoy pesa más.

El barrio estalló en un murmullo entre risas y lamentos. Ernesto, el carnicero, soltó:

—Claro, ahora está lleno. Y ya se sabe: lo lleno no cabe donde cabía lo vacío. Como la barriga después de la matanza.

Los operarios lo intentaron otra vez: empujar, girar, inclinar. Nada. La madera chirrió contra el marco como si la tienda estuviera defendiendo a su dueña.

—Es imposible —dijo el jefe al fin—. Para sacarla habría que desmontar la puerta.

Hubo un silencio. Luego, Encarna resumió lo que todos pensaban:

—Pues si no cabe, que se quede.

El barrio aplaudió flojo, como quien aprueba una moción. El coche fúnebre arrancó y se marchó en vacío, con los operarios dentro y la dignidad doblada como paraguas roto.

Ignacio se quedó frente al féretro, aún en el centro de la tienda. Había entrado por esa puerta como toda la vida entraron cajas de tomates, sacos de harina, garrafas de vino. Pero ahora, no salía. Y todos lo entendieron: Aurora no abandonaría el ultramarinos ni muerta.

—Es una señal —dictaminó Don Fabián, con voz de sermón—. El barrio se queda aquí. Y ella con él.

No hubo vítores ni sollozos: solo un asentimiento colectivo, como si el barrio entero hubiera dicho “sí” con el cuello y “ay” con el corazón.

El barrio empezó a despedirse. Las vecinas acariciaron el ataúd como quien palpa un mostrador que ya no se abrirá más. Uno dejó una barra de pan, otro un sobre de mortadela, otro un paquete de gusanitos. Las ofrendas parecían absurdas y, sin embargo, eran

exactas: el inventario de una vida. Ignacio atendió como pudo: dio un “hasta mañana”, cuando en realidad era un “adiós”.

El aire estaba cargado de un silencio denso, olor a cera gastada y a sardinas frescas que nunca se vendieron. El féretro seguía encajado en el centro del ultramarinos, inmóvil, como si formara parte del inventario desde siempre: junto a las cajas de detergente, las estanterías de latas alineadas, la báscula clavada en cero.

Ignacio miró alrededor. Todo estaba en su sitio, pero nada lo estaba. El reloj adelantado seguía marcando diez minutos más, como si quisiera recordarle que la tienda siempre vivió a contratiempo. El gato, enroscado al pie del ataúd, lo miró con la solemnidad de un notario. Afuera, la calle esperaba. Adentro, Aurora no se movía. Ni se movería.

Se quedó quieto, con las manos sobre la persiana, sintiendo que el metal frío era la frontera entre dos mundos.

El barrio, en la acera, lo miraba. Ignacio empezó a bajar la persiana. Muy despacio. Cada centímetro que caía era como una década que se apagaba. El chirrido metálico sonaba a réquiem oxidado, a canto de despedida improvisado por una bisagra cansada.

Se detuvo a mitad y miró dentro. Vio a su tía atrapada en la tienda, vio el pan que aún esperaba comprador, las botellas alineadas como soldados vencidos, el mantel doblado sobre el mostrador. Vio, también, la historia del barrio: las deudas pagadas en besos, los chismes envueltos en papel de estraza, los consejos que se cobraban en perejil. Vio todo eso, y entendió que no se podía salvar nada.

Entonces bajó del todo. El golpe metálico al tocar el suelo fue seco, brutal, como una campana rota. El candado giró con un clic que sonó a epitafio. Aurora quedó dentro. El comercio local también.

El barrio no aplaudió ni lloró fuerte. Guardó un silencio reverencial, ese que solo se da cuando entierras dos cosas a la vez: una persona y una manera de vivir.

Ignacio se apartó de la persiana cerrada. Sintió que el hierro aún vibraba, como si guardara dentro la respiración de todos los que habían comprado allí. En la acera, alguien —nadie supo quién— dejó un papel pegado con celo:

“Aquí no se vende nada más. Aquí se recuerda todo.”